

mas segun todas las noticias, solo contaba ochenta mil hombres, y asi es que hacerle cara con doscientos veinte mil no se tenia por temerario. Aun cobrarán mayores bríos si estuvieran al cabo de que solo podia oponer sesenta mil soldados á una invasion repentina.

A pesar de todo, los personajes de mas luces tenian por sospechosísimos los informes de los agentes de la coalicion, y no se aventuraban á creer que no tuviera Napoleon cuando menos cien mil hombres muy á la mano. Asi se insistia en la necesidad de proceder con suma cautela al decirse á pisar el suelo de Francia. Para esta ocasion cada cual tenia su plan favorito. Uno acariciaban los prusianos y los rusos y otro los austriacos, todos, segun suele pasar en la guerra, dominados por el anhelo de atraer el grueso de las fuerzas á su lado, y de figurar como centro de las operaciones. De los doscientos veinte mil hombres se querian llevar ciento ochenta mil los prusianos para pasar el Rhin entre Coblentza y Maguncia, mientras otro cuerpo de ejército lo cruzaba entre Maguncia y Estrasburgo, y avanzar atrevidamente por medio de las plazas que cubrian esta parte de Francia, tales como Coblentza, Maguncia, Landau, Estrasburgo en primera línea, y Meziéres, Montmedy, Luxemburgo, Thionville, Metz, en segunda; tomarlas de rebato si los franceses no habian dejado mas que escasas guarniciones, ó si al revés, para custodiarlas mejor habia debilitado el ejército activo, aprovechar esta debilidad para acosarle y arrollarle sobre París sin hacer caso de las plazas que mas tarde habria espacio de asediar con las tropas llegadas desde las orillas del Elba. A los ojos del estado

mayor prusiano se recomendaba esta manera de operar por metódica al par que atrevida, pues en un caso se tendrian las plazas y se crearian al paso puntos de apoyo, y en otro quizá se llegaria á París al cabo de algunas jornadas.

Diverso plan tenian los austriacos, dictado tambien por miras particulares, aunque sensato por extremo, á lo menos si se ha de juzgar por las resultas. Como imprudente consideraban empeñarse en aquel laberinto de fortalezas, desde Estrasburgo hasta Coblentza y desde Metz hasta Meziéres, y decian que eso era *coger al toro por los cuernos*. A su parecer, sin debilitarse Napoleon para guarnecer las plazas, se limitaria á ponerlas al abrigo de un golpe de mano, y se le hallaria maniobrando entre ellas con sus fuerzas concentradas, pronto á caer sobre el ejército aliado, que para bloquearlas se habria de debilitar más que Napoleon para defenderlas. Asi proponian un plan de operaciones radicalmente opuesto al de los prusianos. Segun ellos el lado flaco de Francia no estaba al Nordeste, de Estrasburgo á Coblentza, de Metz á Meziéres, donde la protegian muchos rios é inmensas fortificaciones, sino á la parte del Este, á lo largo del Jura, donde, contando con la neutralidad suiza, jamás habia pensado en construir defensas. Por tanto convenia ir á Basilea á pasar el Rhin, que no se hiela por aquel punto, cruzar la Suiza que demandaba su libertad á voces, y coger asi de revés á Francia, lo cual proporcionaria muchas ventajas, la de separarla de Italia, la de privarla de los socorros que podia recibir si Napoleon llamaba al principe Eugenio, y al mismo tiempo la de aislar á este principe de tal modo que

sucumbiera por el hecho solo de su aislamiento.

Sin duda se adivinan los motivos que, aparte el valor real de este plan, lo hacian preferible para Austria. Quería penetrar en Suiza, restablecer allí su influencia, y privar no á Francia de los socorros de Italia, sino á Italia de los socorros de Francia. Efectivamente Suiza se hallaba en un estado de fermentacion extraordinaria y dispuesta á imitar el ejemplo de Holanda, con la sola diferencia de que en su seno habia un partido francés muy fuerte y cimentado en intereses muy legitimos y efectivos. Los cantones antes dominadores, asi aristocráticos como democráticos, pues la ambicion no es mas inherente al un principio que al otro, se lisonjaban de recuperar los países que les estuvieron sometidos. Los pequeños cantones aspiraban á poseer como antes las bailias italianas, el Valais y la Valtelina; Berna suspiraba por la adquisicion de Vaud, el Porentruy y Argovia: las familias aristocráticas soñaban con su antiguo predominio sobre la clase media. Por el contrario, los países antes avasallados, las clases antes oprimidas, á ningun precio querian tornar bajo sus antiguos señores; tristes divisiones que por el acta de mediacion hizo Napoleon cesar del todo. Por desgracia su genio invasor echó muy luego á perder como tantos otros esta bella acta, digna de los tiempos del Concordato, de la paz de Amiens y de la paz de Luneville. Despues de llenar la Suiza con sus aduaneros y aun con sus soldados, dispuso que ocupara el Tesino un destacamento del ejército de Italia, lo cual era un argumento muy especioso contra la neutralidad suiza. Además, bloqueando estrechamente su territorio para impedir

el fraude comercial, en algunos cantones fabriles hizo bajar de quince á cinco sueldos el precio de los jornales, y asi redujo á Suiza casi á tanta miseria como á Holanda. Sin embargo estos males no pudieron hacer olvidar á los países emancipados el interés de su independencia, y si existia un partido del antiguo régimen que solicitaba la invasion extranjera, otro habia tambien del moderno que la rechazaba con sus fuerzas todas. A la sazón era Suiza la única comarca donde Napoleon no habia disgustado completamente á los pueblos de nuestro influjo y de los principios de la revolucion francesa. Por tanto era viva y tenaz la lucha entre ambas parcialidades. Los partidarios del antiguo régimen estrechaban al Austria á pisar su territorio, y esta potencia no anhelaba mas que satisfacerlos, y adoptar una marcha que le debia restituir la Suiza con restablecer la influencia aristocrática en ella, y la Italia con aislarla del todo.

Tanto los prusianos como los rusos rebatían este plan alegando que lo dictaba un interés peculiar del Austria; que desviaba á los aliados de ir á París en derechura; que les exponia á un largo rodeo para encaminarse á Basilea; y que implicaba una gran division de las masas operadoras, pues no se podria prescindir de tener un ejército en los Países Bajos, y por lo mismo otro intermedio hacia Coblenza ó Maguncia, con lo que habria tres huestes incluyendo la que entrara por el Jura, y se facilitaria á Napoleon su maniobra favorita de batir á un enemigo despues del otro.

Generalmente los ingleses se inclinaban á los austriacos en contra de los prusianos y los rusos,

ofuscados como estaban ya por el ascendiente de Alejandro, necesitaba de la influencia de Austria para erigir el reino de los Países Bajos, anhelosos de sacar de la influencia francesa á Suiza, y así se manifestaron favorables al plan del príncipe de Schwarzenberg por completo. Al revés el emperador Alejandro lo rechazaba y por muchas razones. Aunque en Francfort menudeaban las protestas de fidelidad y adhesión mútua por miedo de que la coalición quedara disuelta, aunque Alejandro agregaba á todo una coquetería de modales, que en su mocedad era inocente y se hacia artificiosa con los años, á menudo se estuvo á pique de rompimiento, y especialmente con motivo de un suceso reciente, el de Bernadotte, á quien acusaban los ingleses de descuidar á Holanda del todo, á quien acusaban los austriacos de violentar á Dinamarca, y á quien los rusos habian alentado en secreto, por más que en público acriminaran su conducta. Cogido Alejandro en fragante delito de dolo, se mostraba de mal talante y sobre todo con los austriacos, que ahora habian sacado á plaza sus ocultos manejos. Además, aún halagando en el seno de la coalición al partido fogoso, que no queria dejar vestigio de las obras de la revolución francesa, se daba á lisonjear á los polacos, y á los liberales suizos y alemanes. Por cálculo no ménos que por veleidad aparecia así contrarrevolucionario con los unos y revolucionario con los otros, aunque á la sazón propendia á las ideas liberales por oposicion al despotismo de Napoleon y por la influencia de su enseñanza. Efectivamente, educado por un suizo, el coronel Laharpe, y habiendo tenido ayas del mismo origen para la educacion de sus

hermanas en su córte, ahora dió oídos á sus ruegos, y ablandado por su eficacia declaró que jamás dejaria que se operara una contrarrevolucion en Suiza.

Esta cuestion acabó por inquietar á los aliados en punto á mantenerse unidos. Sin embargo, pronunciada Austria por el plan consistente en evitar las plazas, trasladándose por lo menos hasta Basilea, y habiendo obtenido mayoría de votos, gracias á los ingleses, se convino en no violar la neutralidad de Suiza, y en no hacer más que aproximarse á sus fronteras, si bien añadiendo que, en el caso de que se levantara de voluntad propia y llamara á los aliados, no se podria renunciar á pasar por puertas que se abrian de par en par y por sí mismas. Alejandro no respondió á este argumento de una manera terminante, limitándose á negar que Suiza se manifestase inclinada á pedir la violacion de sus fronteras, y consintió en un movimiento general hácia Basilea bajo las condiciones indicadas.

A tenor de la avenencia de pareceres se hicieron todos los aprestos para la marcha al otro lado del Rhin del 10 al 20 de diciembre. Ante todo acordóse que sia detenerse á negociar se prosiguieran inmediatamente las operaciones militares; que Blucher con los cuerpos de York, de Sacken, de Langeron, y con los wurtembergueses y badeses, en totalidad unos sesenta mil hombres, preparara el paso del Rhin entre Coblentza y Maguncia, y avanzara seguidamente por medio de las fortalezas francesas; que á la par el grande ejército del príncipe de Schwarzenberg, compuesto de austriacos, de bávaros, de rusos, y de las guardias

rusa y prusiana, en totalidad como ciento setenta mil hombres, se trasladara á la altura de Basilea, y pasara el Rhin por las inmediaciones ó por la misma ciudad, si Suiza disipaba todos los escrúpulos abriendo sus puertas; de cuyo modo se evitarían las defensas de Francia, y por Huninga, Befort y Langres se penetraría en su territorio. Adoptadas estas disposiciones principales, emprendióse la marcha. Blucher se reconcentró entre Coblenta y Maguncia, y el príncipe de Schwarzenberg se encaminó hacia la Suiza, subiendo de Estrasburgo á Basilea. Los soberanos y los diplomáticos dejaron á Francfort por Friburgo.

La dieta suiza, compuesta en su mayoría de espíritus sensatos, y que, aun doliéndose de los excesos de poder por Napoleon cometidos, guardaba sus beneficios muy en la memoria, no quería una contrarrevolucion ni una invasion extranjera. A París despachó agentes para que Francia reconociera su neutralidad, y borrara toda huella de los actos que pudieran hacerla ilusoria. Napoleon, obligado por las circunstancias á acoger estas reclamaciones, ante todo hizo retirar sus tropas del Tesino, y despues declaró que consideraba la neutralidad suiza como principio esencial del derecho europeo; que se comprometia formalmente á respetarla; y que en su título de *Mediador de la confederacion Suiza*, no veia mas que un título conmemorativo de los servicios que habia prestado Francia á este país, sin que le atribuyera poder alguno.

Provista con esta declaracion de la dieta envió al punto dos diputados cerca de los soberanos, para pedirles que á su vez reconocieran una neutra-

lidad admitida por Francia tan claramente. A este paso añadieron una providencia bien entendida, si fuera de eficacia, y consistente en reunir un ejército federal de unos doce mil hombres, á las órdenes de Mr. de Wateville y escalonado desde Schaffhouse hasta Basilea. A la par que obraba de este modo, las principales familias de los Grisones, de los pequeños cantones de Berna despacharon emisarios secretos para decir en particular á cada uno de los soberanos que la dieta era una autoridad falsa y usurpadora y no habia que hacerle caso; y que por el contrario convenia cruzar la frontera sin demora, para ayudar á que se restableciera en provecho de la coaliccion la autoridad verdadera y única legitima como lo era la de los tiempos antiguos.

Al modo que habia por parte de los suizos un doble lenguaje, lo hubo tambien por parte de las potencias aliadas. En público se decia á los representantes de la dieta que se miraba la neutralidad suiza como principio importante del derecho europeo; que en lo porvenir se procuraria hacerlo inviolable; que en cuanto al presente, sin deliberado proyecto de quebrantarlo, no se podia contraer el empeño de respetar en todos los casos un principio, violado muchas veces por Francia, y flojamente defendido por Suiza. Se citaban como apoyo de este argumento la ocupacion del Tesino, el título de *Mediador* tomado por Napoleon, los regimientos al servicio de Francia que acababan de recibir reclutas, y por último un suceso muy oculto, la apropiacion del territorio suizo hecha por la division de Boudet en 1813 para trasladarse á Alemania. Mas no se explicaba lo que los ejércitos

aliados harían á consecuencia de tales precedentes, limitándose á alegar sus títulos sin declaración del uso que se haría de ellos. Bajo mano se insinuaba á los Grisonés, á los pequeños cantones y á los berneses, que era menester sublevarse y derribar la dieta, en cuyo caso los ejércitos aliados entrarían en Suiza, y les restituirían al paso la Valtelina, las bailías italianas, el Valais, el país de Vaud, el Parentruy, etc.

No tenían gran valor las razones aducidas por la diplomacia de los aliados, pues ya se había evacuado el Tesino, cuya ocupación fué además una insignificante represalia por hechos patentes de contrabando; el título de Mediador no era mas que un testimonio de la gratitud de los suizos, sin que arguyera dependencia alguna de Francia; por último, la admisión de regimientos capitulados al servicio de diversas potencias nunca se había tomado por violación de neutralidad. Pero en este vasto conflicto europeo no era el derecho mas que una vana palabra, y siempre repitiendo al emperador Alejandro que no se entraría en Suiza á no preceder llamamiento, el 19 de diciembre tomó posesión el príncipe de Schwarzenberg delante de las tropas del general suizo de Wateville y á intermediación del puente de Basilea. El generalísimo austriaco contaba de un instante á otro con la insurrección de los berneses, tras de la cual vendría la caída de la dieta suiza y la proclamación de una autoridad nueva, y así se podría dar como llamado por los suizos. Cansado al fin de esperar el príncipe de Schwarzenberg, se puso el 21 de diciembre en actitud de cruzar el puente de Basilea, y el jefe de las tropas suizas, considerando

imposible resistir á la Europa armada y excusando su debilidad con su impotencia, no hizo mas que un simulacro de protesta, y al punto dejó franco el paso del puente sin disparar un solo tiro. Al cundir esta noticia rompió el tan deseado movimiento de Berna, y fué derribada la dieta, legitimamente establecida por virtud de una constitución excelente, según lo justificaban doce años de práctica feliz y tranquila. Alzamientos semejantes estallaron en muchos cantones, y con estos alzamientos, promovidos en lugar de ser esperados, se procuró dar buen color para operar una violación flagrante del derecho de gentes. Por lo demás los aliados hicieron una declaración en que anunciaban que respetarían invariablemente la neutralidad suiza en lo venidero, esto es, cuando ya no tuvieran necesidad de infringirla, y sí de que fuera muy respetada.

Al saber el engañado emperador Alejandro algunos días mas tarde que no eran preliminar sino consecuencia de la invasión los movimientos de que se estaban prevaleciendo para pisar el territorio neutral de Suiza, sintióse ofendido á la par que airado hasta el último extremo. Pero no debía quejarse, porque esta vez obraban los austriacos á su modo, según se vió en diversas ocasiones, y con especialidad en el asunto de los suecos contra los daneses. Fuera de esto, mas al alma le llegara romper que ser engañado, y así se satisfizo con proferir quejas amargas, y con hacer decir á los vadeses y á todos los países avasallados que se mantuvieran quietos, y que no permitiera que se les echara el antiguo yugo. Por consiguiente los ejércitos aliados siguieron adelante, y muy luego

invadieron la Suiza y el Franco Condado. Los bávaros se dirigieron á Befort, los austriacos á Berna y Ginebra, para trasladarse á Besanzon y Dole por medio del Jura. Blucher aguardaba para pasar el Rhin hácia la parte de Maguncia á que los austriacos terminasen el largo rodeo en que se habian empeñado. De esta suerte el 24 de diciembre de 1813, día de infausta memoria, al cabo de veinte años de triunfos inauditos, se hallaba invadido á su vez el imperio, por consecuencia de una terrible mudanza de la fortuna, y Francia que, lejos de ser la criminal habia sido la paciente, despues de haber padecido de una manera cruel de resultados del pecado iba á padecer por la expiacion no menos cruelmente, siendo su destino figurar como victima una vez y otra, como victima del hombre extraordinario, que la habia regido con gloria mas tambien con dureza, y como victima de los soberanos que acudian á tomar venganza del coloso.

Temiendo los aliados sobre cuanto se puede ponderar un levantamiento de la poblacion, se aplicaron esmeradamente á tranquilizar los ánimos á su entrada en Francia. Ya por un manifiesto publicado en Francfort el 4.º de diciembre se esforzaron en probar que no miraban de mal ojo la grandeza de Francia; y ahora el principe de Schwarzenberg hizo que precediera á las tropas de la coalicion la proclama siguiente.—

«Franceses; la victoria ha traído á los ejércitos aliados junto á vuestra frontera, y se disponen á cruzarla.

»No hacemos la guerra á Francia, sino que arrojamos lejos de nosotros el yugo que vuestro gobierno queria imponer á nuestros paises, que

»tienen los mismos derechos que el vuestro á la independencia y á la ventura.

»Magistrados, propietarios, cultivadores, no os movais de vuestras casas; el mantenimiento del orden público, el respeto á las propiedades particulares y la mas severa disciplina señalarán el paso de los ejércitos aliados. No les anima ningun espíritu de venganza; no apetecen devolver los males con que de veinte años atrás ha agobiado de Francia á sus vecinos y á las comarcas mas distantes. Otros principios y otras miras que las que llevaron á vuestros ejércitos á nuestras casas presiden á los consejos de los soberanos aliados.

»Su gloria consistirá en haber puesto el mas pronto remate á las desventuras de Europa. No anhelan otra conquista que la de la paz para Francia, y para Europa entera un estado de verdadero reposo. Lo creimos conseguir antes de llegar al territorio francés, y lo vamos á buscar dentro.»

Noticioso Napoleon de las ocurrencias de Holanda y de los primeros movimientos de la coalicion hácia los Países Bajos, al golpe comprendió el peligro de permitir que encentara sus posesiones por aquel lado, por ser el de las antiguas conquistas de Francia, el que mas se le pensaba disputar ahora, y asi para defender la posesion de derecho se necesitaba por lo menos no haber perdido la de hecho. De consiguiente, sin dilacion alguna envió allá cuantos auxilios hubo á la mano.

Segun se ha manifestado, al principio hasta pensó en conservar la Holanda, no tanto para guardarla definitivamente como para que le sirviera de prenda de compensacion en las negociaciones.

Pero habiéndose escapado esta region de las manos, despachó fuerzas sobre el Wahal á toda prisa. Hacia Gorcum envió al general Grampon con guardias nacionales levantadas en la Flandes francesa, para formar la guarnicion de aquella plaza. Al duque de Placencia, hijo del architesorero, le encaminó á Amberes, con orden de encerrar la escuadra del Escalda en los diques, y de distribuir las tripulaciones entre las fortificaciones de la ciudad y de la flotilla, y de juntar igualmente los depósitos mas cercanos, los conseritos en marcha, y los aduaneros y gendarmes que venían de Holanda. Además hizo partir para Bélgica al general Decaen, ya inútil en Cataluña, á fin de organizar allí cuanto antes el primer cuerpo, que se debia sacar de los depósitos del mariscal Davout á tenor de lo manifestado. Alcanzándosele, no obstante, que este cuerpo no podria estar reconstituido para afrontar los primeros peligros, y queriendo salvar la línea del Wahal á toda costa, eligió en su guardia toda la fuerza disponible, para dirigirla al Brabante Septentrional sin tardanza. Sucesivamente despachó al general Lefebvre-Desnoettes con dos mil hombres de caballería ligera: despues á cada uno de los generales Roguet y Barrois con una division de infantería de la Joven Guardia; y, por último, al mariscal Mortier sobre Namur al frente de la Guardia Vieja. Si el enemigo no proyectaba mas que una operacion de invierno sobre los Países Bajos, se lisonjaba Napoleón de contenerle de este modo, y de tener despues espacio para trasladar su Guardia al punto donde arreciase mas el peligro de la campaña. Si por el contrario se reconcentraba hácia Bélgica el

principal esfuerzo de los aliados, ya se encontraría así la Guardia sobre el teatro de las operaciones mas importantes. Estando agitadísimos los ánimos en Bélgica y prontos á seguir el ejemplo de Holanda, Napoleón envió allí un excelente oficial de gendarmería, el coronel Henry, ya señalado por sus servicios en la Vendée, y ahora con el grado de general, á la cabeza de algunos centenares de gendarmes, sacados en parte de la gendarmería de preferencia.

Tales fueron las primeras órdenes expedidas á fines de noviembre y por consecuencia de la insurreccion de Holanda. Luego la noticia del paso del Rhin junto á Basilea el 21 de diciembre, sin consternar ni quebrantar á Napoleón, afectóle vivamente a pesar de todo, pues entrevió al punto el pensamiento de sus enemigos, y reconoció que no querian tratar con él; que las proposiciones de Francfort vinieron á ser muy luego lo que no eran al principio, esto es un trampantojo, por la falta que habia cometido en no coger á la coalicion la palabra; que esta se hallaba resuelta á proseguir las hostilidades á todo trance aun durante el invierno, y que iba á intentar poner término á la guerra con los combatientes que le quedaban de las gigantescas luchas de Dresde, de Leipsick y de Hanau. Por consiguiente, no tenia otro arbitrio que defenderse con lo que le quedaba de las mismas batallas, añadiendo lo que pudiera allegar en uno ó dos meses.

Segun se ve ya no se trataba de emplear el invierno y la primavera en levantar seiscientos mil hombres, sino que era forzoso servirse á toda prisa de los que los prefectos habian podido arran-

car á nuestros campos desolados durante noviembre y diciembre, y que por desgracia no ascendían á muchos. Del recurso á las antiguas clases de 1811, 1812 y 1813, que debiera producir ciento cuarenta mil conscritos, si bien de calidad excelente, y del recurso á las clases aun mas antiguas, se consiguieron treinta mil á lo sumo. Napoleon dispuso que de seguida y segun la proximidad de los lugares ingresaran unos en los antiguos depósitos del cuerpo del mariscal Davout situados en Bélgica, y otros en los cuerpos de los mariscales Macdonald, Victor y Marmont, distribuidos á lo largo del Rhin. A este último le previno que no se dejara encerrar en Maguncia, sino que saliera de allí y viniera mas acá de los Vosgos, y recogiera al paso á los conscritos destinados antes á unirsele en aquella plaza. Al mariscal Victor le mandó que abandonara á Estrasburgo, dejando allí además de los guardias nacionales algunos cuadros de batallones con parte de sus conscritos, é incorporando los restantes á las filas del segundo cuerpo de su mando. Detenidos fueron en Grenoble y en Chambery los conscritos destinados á Italia, para juntarlos en Lyon, donde con los depósitos del Delfinado, de Provenza y de Auvernia, queria Napoleon formar un ejército que cerrara al enemigo las avenidas de Suiza y Saboya. Finalmente, los conscritos de Borgoña, de Auvernia, del Borbonés, de Berry, de Normandía, del Orleanés, fueron encaminados á París, para ingresar unos en la Guardia, y otros en los depósitos que se iban á replegar sobre la capital á la aproximacion de los ejércitos invasores. Tocante á los conscritos

del Mediodía no se alteró la providencia de que marcharan á Burdeos, Tolosa, Montpeiller y Nimes, donde se formaban las reservas de los dos ejércitos de España.

Esta primera direccion dada á los ciento diez mil hombres que se pudieron allegar de pronto, harto indicaba la grande urgencia con que pensaba Napoleon utilizarlos. De estos hombres debian tomar los cuerpos de Marmont, de Macdonald y de Victor cuanto les fuera posible, y armarlos, vestirlos é instruirlos á la par que se retiraban sobre París muy despacio. Pero con todo esto habia á lo sumo para retardar los progresos de la invasion durante algunos dias. Asi Napoleon se ocupó en crear junto á París un ejército de reserva, que á medida de su formacion se le iria incorporando sucesivamente. Se debia componer de los nuevos batallones de la Guardia, parte de los cuales se organizaba en París mismo, y de los depósitos que se hacian retroceder sobre la capital y se iban á llenar con los conscritos de las provincias del centro. No se redujo á juntar en París los depósitos que se retiraban de las orillas del Rhin, sino que llamó de lo interior á todos los no precisos en las fronteras del Este y del Mediodía, para llenarlos de igual modo con todos los hombres que permitiera la premura del tiempo. Al viejo duque de Valmy, encargado de muy atrás de la vigilancia de los depósitos establecidos junto al Rhin, se fió la misma comision entre el Rhin y el Sena. De esta suerte se ideaba formar dos divisiones de reserva, destinadas al ilustre general Gerard, que tanto se habia distinguido en las últimas campañas. No bien llegaron é ingresaran en los cuadros, y se armaran

y estuvieran á medio vestir los conscritos, estas dos divisiones emprenderian la marcha para incorporarse al ejército, y organizarse é instruirse en el camino. Dentro de la capital creó Napoleon talleres de vestuario, y á fuerza de dinero multiplicó la actividad con el fin de tener de dos á tres mil equipos completos por día.

De igual manera procedió respecto de la caballería, muy necesaria para hacer frente á las numerosas bandas de cosacos que el enemigo iba á precipitar sobre Francia. A Versailles hizo retroceder los depósitos situados entre París y las fronteras, y allí trajo además los de la Normandía y la Picardía; y tambien juntó los ginetes, que tornaban por Wesel desmontados, expidiendo las órdenes convenientes para que se les dieran equipo y montura. Los guarnicioneros y los maestros y oficiales de coches de la capital, pagados á dinero contante, se ocuparon en la fabricacion de sillas y arneses. Por medida de autoridad se hubieron de apoderar los prefectos de los departamentos vecinos de todos los caballos disponibles, bajo la razon muy legitima de tratarse de proteger á Francia contra la invasion de los cosacos. Se anunció que todo caballo útil para el servicio se pagaria al contado en Versailles por el gefe del depósito de caballería, y los gastos á que no podía subvenir inmediatamente el Tesoro, se abonaron con la reserva particular de las Tullerías.

Finalmente, previendo Napoleon que necesitaria suplir la falta de infantería con un inmenso despliegue de artillería, aplicóse á juntarla en Vincennes muy formidable. Allí se trajeron las compañías de artillería no necesarias dentro de las

plazas, el material de campaña no indispensable tampoco, y por los medios indicados se debieron allegar conscritos, caballos y arneses para hacer rodar de cuatrocientas á quinientas bocas de fuego.

Por grande actividad que se pusiera en acelerar estas creaciones, mucho distaban de corresponder á la extension y á la inminencia del peligro. Doce ó quince mil conscritos ingresados precipitadamente en los cuadros de la Guardia, veinte ó veinte y cinco mil en los depósitos replegados sobre París, ofrecian muy débil recurso á los mariscales, que con las reliquias de Leipzick y de Hanau se iban á replegar sobre la Champaña y la Borgoña. Aunque Napoleon lo repugnó al principio, se hubo de resolver á echar mano de los guardias nacionales. Estas eran fuerzas organizadas del todo, y á las cuales era muy lícito recurrir en peligro tan extremado. Napoleon encargó á los prefectos de la Borgoña, de la Picardía, de la Normandía, de la Turena y de la Bretaña, que se dirigieran á las municipalidades, cuyo patriotismo no habia apagado el descontento, y les demandaran las compañías de preferencia de guardias nacionales. No habiéndose podido ejecutar por falta de tiempo en estas comarcas el alistamiento de trescientos mil hombres sobre las antiguas clases, ni el de ciento sesenta mil sobre la de 1813, no habia razon para que se quejaran de llamamientos harto frecuentes, ni tampoco se podian negar los de mas diversas opiniones al último esfuerzo para arrojar al enemigo fuera del territorio. A estos guardias nacionales señaló Napoleon por punto de reunion París, Meaux, Montereau y Troyes. Para ocupar los desfiladeros